



# GHOU

JUAN DÍAZ OLMEDO



**Créditos:**

**GHOUL**

**Primera edición digital:** abril 2020

**ISBN:** 978-2-490290-32-1

**Autor:** Juan Díaz Olmedo

**Fotoilustración:** Marifé Castejón ([www.visualmachine.es](http://www.visualmachine.es))

**Prólogo:** David Jasso

**Maquetación y diseño:** Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

**Corrección de estilo:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Editor:** Juan Ángel Laguna Edroso

**Edición:** Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

071 70 Lussas, France

[www.sacodehuesos.com](http://www.sacodehuesos.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://ww.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



# GHOUL

Juan Díaz Olmedo

# Prólogo

Artículo publicado originariamente en la web [www.verteleseries.com](http://www.verteleseries.com) escrito por **David Jasso** (crítico de cine y TV). Reproducido con permiso de los administradores del portal.

## GHOUL, SERIE vs LIBRO

Los seguidores de la serie de TV *Ghoul* estamos de enhorabuena, ya que Distrimedia ha anunciado la edición en Blu-ray de la primera temporada completa. Será un pack de lujo en estuche metálico que contendrá numerosos extras: un póster desplegable de la protagonista (reproduciendo esas icónicas imágenes en las que baila dentro de la jaula) y material complementario (tomas falsas, final alternativo del último capítulo, comentarios del *Showrunner*...).

Precisamente, la edición de este recopilatorio es lo que me ha motivado a ofreceros un repaso de la primera temporada comparándola con la novela original. Porque, aunque no lo sepáis, la serie *Ghoul* se basa (bastante libremente, por cierto) en una novela muy interesante firmada por un tal **Juan Díaz Olmedo**, autor de la revalorizada *Marionetas de sangre* (por la que se pagan cientos de euros de su primera edición) y la maravillosamente editada *Zombi* (que no tiene nada que ver con la peli de Romero, pero que es genial).

La verdad es que serie y novela tienen muy poco que ver. En la novela no existe el grupo de adolescentes protagonistas y su tono no es el de acción desenfadada que caracteriza a la serie. Es cierto que la novela aporta el concepto original de los ghouls y lo desarrolla de forma efectiva y novedosa, pero, por ejemplo, en ella no existe la tierna historia de amor entre Perseo, el ghoull acusado de traidor, y la periodista de Los Angeles Times. (Por cierto, hay rumores que afirman que en la segunda temporada por fin se lían). Pero en la novela ¡ni siquiera existen esos personajes! De hecho, los ghouls del libro tampoco huyen del ejército ni visten ajustados trajes de lycra (que tan bien le quedan a la protagonista).

He leído por ahí que el autor ha criticado duramente la primera temporada de la serie porque considera que se ha desvirtuado el concepto original. Puede que tenga razón, su novela no desarrolla el aspecto

pseudosuperheróico de la serie, sus personajes no dan saltos enormes, ni pueden transmutarse (con lo que molan las transformaciones a cámara lenta), por no hablar de que no persiguen a los demonios malignos de Isdoom (verdadero *leit motiv* de la serie).

¿Entonces, os preguntaréis, de qué va la novela? ¿Vale la pena? La respuesta es complicada porque entre los dos formatos hay muchas diferencias, pero afirmaría, sin lugar a dudas, que sí, que es muy recomendable, sobre todo porque nos permite conocer el origen de muchos conceptos incluidos en la serie.

Esta tiene un ritmo desenfrenado y su montaje es nervioso y explosivo, especialmente en las numerosas peleas del grupo de ghouls contra los demonios, o en las persecuciones de los militares (me viene a la mente la escena del helicóptero contra el tanque, con Broggen colgando de la escalinata de cuerda, en el capítulo cuatro. Por cierto, Broggen tampoco sale en el libro). Por el contrario, la novela tiene un ritmo pausado y medido, la historia crece poco a poco y el autor se toma su tiempo para crear ambiente y afectar al lector con intensidad, sin tanques ni helicópteros; sin embargo, en la serie la acción prima desde los títulos de crédito, con explosiones, persecuciones y peleas multitudinarias.

El triángulo amoroso (o pentágono, en realidad) entre Perseo, la protagonista, Broggen, el maestro ghoul y la periodista tampoco existe. La tensión sexual en la novela va por otro lado, es muy intensa, sí, y a ratos casi perturbadora, pero el enfoque es más adulto, sin que los protagonistas se desvivan entre amores de instituto y ensoñaciones adolescentes. El erotismo de la novela surge de forma natural y te posee con fuerza. En la serie, los principales personajes se debaten entre amoríos, celos (probablemente injustificados, aunque no sabemos qué pasó entre Broggen y la periodista en el almacén) y escenas de sexo *light* filmadas a cámara lenta.

Otra diferencia importante es que la acción de la novela no transcurre en esos Estados Unidos alternativos sumidos en el caos tras el magnicidio de Trump, sino en un París muy real de hace unos pocos años, que casi se puede sentir, es como viajar en el tiempo; el ambiente es auténtico, nada de tecnogadgets o armas de ciencia ficción. Tampoco existe el Hogar de Entrenamiento de Ghouls, ni el propio maestro ghoul, mentor de todo el equipo, con ese pasado misterioso que todavía está por resolver (yo apostaría a que tiene algo que ver con el rito de iniciación Isdoom que se

vio en un breve *flashback* del capítulo siete).

La novela se centra casi exclusivamente en la protagonista femenina y desarrolla su historia desde un intimismo inquietante, con un tono oscuro y una marcada ambientación gótica; predominan los grises, los claroscuros y los contraluces; está planificada para saborearla despacio, mientras que en la serie todo son colores saturados, planos rápidos, golpes y acción.

Sin embargo los momentos gore de la serie sí se pueden atisbar ya en la novela, aunque no son los Isdoom quienes destripan a sus víctimas. De todas formas, tampoco hay excesos desagradables y el autor consigue impresionar lo suficiente sin llegar a describir explosiones de vísceras ni desgarros brutales, recurre en ocasiones a contar fuera de plano (sensacional la escena del camión), mientras que en la serie todo es explícito (y lo que molan los efectos especiales de Greg Nicotero A.S.C.).

La música de la serie (con ese *opening* machacón y pegadizo) es rítmica y repleta de ritmos electrónicos y techno-reggaeton, sin embargo, aunque el libro no tiene banda sonora, uno puede escuchar entre sus páginas acordes de jazz, la música de los antros del viejo París, las frecuencias bajas que escapan de los clubes nocturnos, y algún blues que habla de pérdida y pasado.

En la serie se cuentan dos líneas temporales: el origen de los guardianes ghouls y la lucha en el presente contra los Isdoom. En el libro también hay dos tiempos diferentes: seguimos las vicisitudes actuales de la protagonista y conocemos en adecuados *flashbacks* las razones de lo que sucede. Los saltos temporales fluyen con acierto, tanto en la serie como en el libro, pero en este último son más sutiles y están perfectamente engarzados con la trama. Sin el uso de cortinilla de estrella para las transiciones de una época a otra.

En el libro es introspección lo que en la serie es acción. Sugerencia lo que es explícito. Sombras lo que es color. Emociones lo que son peleas. Estremecimiento lo que son explosiones. Son dos productos muy diferentes. Tú eliges.

En definitiva: todos conocemos la serie y el éxito que ha alcanzado (son muchos los aficionados que se *cosplayean* de ghouls y que cantan la sintonía en las convenciones de cómics). Es uno de los nuevos fenómenos mediáticos. Sin embargo, pocos conocen la novela que dio vida a la leyenda. Un texto cuidado que cuenta una historia sombría y perturbadora. Con una trama muy creíble y un tratamiento elaborado y minucioso de los

sentimientos y emociones. Una historia de ambiente gótico, cargada de introspección y desarrollo de personajes, capaz de crear un nuevo mito. Aunque sea muy diferente a la serie, que no deja de ser un mero divertimento intrascendente. Y es que los ghouls son ya de dominio público y suponen la creación de un nuevo icono fantástico que ha llegado para quedarse, a la altura de los vampiros de *Crepúsculo*, los X-men o Hogwarts.

Y terminamos con una noticia de última hora: la productora de la serie ha anunciado que dentro de dos meses se estrenará la segunda temporada y prometen más acción, más demonios Isdoom, nuevos ghouls con poderes diferentes, más romance e incluso un capítulo musical. Y, vaya, una lástima: se confirma que **Juan Díaz Olmedo** ha solicitado que se retire su nombre de los títulos de crédito.



DICEN QUE UNA PERSONA PUEDE SER DEFINIDA POR AQUELLO QUE ODA.

Claro está que hay otras formas de hacerlo. Para definirme a mí misma podría referirme a mi naturaleza, a mi estirpe mezclada y solo humana en apariencia, a mi condición de mestiza devoradora de cadáveres. Pero no sería suficiente.

También hay quien dice que puede definirse a una persona según sus circunstancias vitales. ¿Me define a mí el hecho de ser una criminal, una fugitiva, una vagabunda, el estar huyendo de los que hasta hace poco eran mi familia? ¿Qué dice de mí que mi huida sea desesperada? ¿Me define acaso la certeza inexorable de que seré encontrada, la completa seguridad de que seré castigada y ajusticiada por un crimen que, más que crimen, es una blasfemia repugnante? No, tampoco eso es bastante.

Así que solo nos queda el odio. Sí, el odio es una forma mucho más precisa de definir lo que realmente somos una vez eliminamos todo lo superfluo.

Por ejemplo, en este preciso instante odio los faros de ese maldito coche que viene en sentido contrario. Odio también a su conductor. Hay que ser muy idiota para tener puestas las luces de carretera en medio de la ciudad por mucho que vayas superando el límite de velocidad por una avenida del extrarradio. No me ha dado tiempo de cubrirme o de apartar la vista, así que la luz me ha herido las retinas con todo su desagradable esplendor y me ha dejado ciega por un instante. Cierro los ojos y me froto los párpados hasta que ese agudo dolor que nace en mis pupilas y llega hasta el fondo de mi cráneo termina por desaparecer. Los abro de nuevo y lo único que percibo frente a mí es una mancha de color violáceo que se va desvaneciendo poco a poco por los bordes. Sigo caminando de todas formas, aunque no pueda ver lo que tengo frente a mí. No tengo miedo de perderme. No voy a ninguna parte.

Otra cosa que odio ahora mismo: el olor de esta ciudad. Si el análisis de mi naturaleza va a ser estricto, debería especificar que me refiero a esta parte concreta de la ciudad, a este lugar lejos de las luces, de las atracciones

turísticas, de las galerías comerciales. Este barrio del extrarradio huele a podredumbre, a basura acumulándose en los callejones, a excrementos de animales ocultos, a ese repugnante subproducto del humo de escape de los coches que se queda pegado a las piedrecitas del asfalto, a los adoquines del borde de la acera, a los ladrillos de ese indescriptiblemente feo muro de obra, a mi piel y a mis cabellos.

Mi odio no es algo fijo, no es una lista de desprecios grabada en piedra. Todo lo contrario, va cambiando a cada instante, descubriéndome nuevas facetas de mi repulsión conforme cambia lo que tengo frente a mí. Ahora mismo, por ejemplo, la mancha violácea ha terminado por disolverse permitiéndome ver el desagradable rostro de un tipo que viene caminando en mi dirección por esta misma acera. Un rostro hosco y descarado en su desprecio que le hace ganarse al instante mi odio más profundo. Sin hacer ningún esfuerzo para disimular, se cambia de acera para no pasar a mi lado. Me pregunto qué habrá pensado de mí, de esta pequeña e insignificante máquina de odiar, de esta chica extraña vestida con sucias ropas negras. Seguro que en su mente cargada de prejuicios debe albergar la seguridad absoluta de que soy una vagabunda, posiblemente loca, o quizás una yonqui en busca de una dosis. Sin duda algo parecido deben de pensar esos otros tres individuos que me observan ahora, cobijados bajo la estructura de metal y plástico transparente de la parada del autobús. La luz de neón hace que sus rostros parezcan de cera, y su falta de expresión aumenta el efecto. Odio esto, odio este mundo que me rodea, odio esta interminable sucesión de figuras de cera vivientes, todas con sus ojos sin vida fijos en mí, todas con una expresión de desprecio petrificada en sus lívidos rostros.

Odio tener que llevar puestas estas malditas botas. Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que podía caminar descalza, sintiendo la tierra bajo mis pies, los húmedos terrones deshaciéndose entre mis dedos, los insectos cosquilleando bajo mis plantas. Ahora tengo que llevar dos centímetros de goma que me separan del asfalto y el hormigón y que me impiden tocar la tierra, me aíslan para que no me ensucie más aún, para que mis pies no se corten con algún pedazo de cristal o con alguna piedra.

El mundo no deja de ofrecerme nuevos motivos para el odio. De repente, me descubro odiando a ese idiota de la motocicleta que primero me deslumbra y luego pasa a mi lado gritándome alguna obscenidad que no llego a entender. Aunque a veces mi odio también se dirige hacia mí misma. Por ejemplo, ahora odio que mis ojos sean tan sensibles a la luz,

odio ese ya familiar dolor que nace en mis pupilas y se extiende con rapidez por el interior de mi cabeza. Me doy la vuelta, todavía cegada, y echo a correr siguiendo el traqueteo de la motocicleta que se aleja mientras surge de mi garganta la primera barbaridad que me viene a la cabeza. Cuando recupero la vista descubro que el motociclista está ya demasiado lejos, que no voy a alcanzarlo, que seguramente ni siquiera haya oído lo que acabo de gritarle. Los tipos de la parada me están observando de nuevo, al parecer asustados de mi reacción. Una señora sostiene con firmeza un horrendo bolso de plástico imitación de piel de cocodrilo contra su pecho, como si pudiera usarlo como escudo para protegerse de mí. Les sonrío de forma que sepan inequívocamente lo que pienso de ellos antes de seguir mi camino. Pese a la distancia, los escucho susurrar tras de mí. Les doy miedo. Quizás les haya asustado mi forma de gritar, o tal vez la extraña forma en la que la luz de la parada se ha reflejado en mis ojos. Suele ocurrir. La gente se pone muy nerviosa cuando se da cuenta de lo peculiares que son mis ojos. No me importa. De hecho, me gusta que me teman. Sobre todo en noches como esta, en noches en las que deseo que nadie me moleste, en noches en las que odio al mundo más aún de lo que me odio a mí misma.

Vale, el intento de definición personal ha dado un resultado poco optimista ¿Qué mierda me pasa esta noche? ¿Me toca de nuevo una sesión de auto-desprecio? ¿Cuánto falta para que arranque con la letanía de mi arrepentimiento? He pasado por ahí cientos de veces, no quiero volver a empezar, no quiero volver a sentir esa desagradable tensión en los músculos de mi mandíbula mientras me torturo a mí misma haciendo repaso de mis errores, pensando en todo eso que no debería haber hecho. Como, por ejemplo, haber huido de los míos. O haber traicionado a mi especie. Pecado contra la tradición de los antiguos. Huido como una cobarde para esconderme entre los despreciables humanos. Como si pensar en todo eso me sirviera de algo a estas alturas.

Miro por encima de mi hombro, pero no veo a nadie siguiéndome. No, cuando ellos den conmigo no podré verlos venir a lo lejos. Posiblemente ni siquiera me dé cuenta de que me han encontrado hasta que sea demasiado tarde. ¿Qué harán conmigo? ¿Me devolverán al hogar? No, no creo que lo hagan. Mi pecado es demasiado grave como para ser perdonado, incluso tras una eternidad de tormento. No tiene sentido negarlo, sé muy bien lo que harán conmigo en cuanto me encuentren. Ese será mi fin. No pueden

permitir que siga con vida. Estoy muerta, soy una muerta que camina y respira disfrutando de un tiempo prestado. Estoy muerta desde el instante en que pequé. Lo supe desde el primer momento. Odio la forma en la que mi mente puede llegar a olvidar esa certeza y hacer aparecer la maldita esperanza, siempre dispuesta para atormentarme con sus mentiras.

Mi memoria es un torbellino confuso. Supongo que es algo perfectamente normal, algo que debe ocurrir a todas las criaturas que hayan vivido tantísimo como yo. Va y viene, se convierte en algo diminuto con lo que apenas sobrevivo para, horas después, aplastarme bajo el peso de siglos de recuerdos. Hay noches en las que solo puedo recordar lo que he hecho en las últimas horas, otras en las que me vienen a la cabeza imágenes de cuando todavía era niña y mordía el pecho de Madre para succionar su sangre. Siempre caprichosa, jugando siempre conmigo, alterando lo que sé de mí misma. ¿Por qué demonios estoy recordando ahora ese cántico? Suena absurdo, pero ha sido el traqueteo de la motocicleta, la cadencia de su ritmo, muy parecido al de aquella antigua letanía. La he cantado cientos de veces junto con mi jauría, con Madre a mi lado sosteniéndome la mano. Me hizo aprenderla de memoria, palabra por palabra, pero ahora mismo no sé si sería capaz de repetirla. No sé lo que significa ese cántico, nunca lo he sabido. Está escrito en una antigua lengua muerta. A Mordiggian solo debemos cantarle en los idiomas que ya ha reclamado, en alguno de los lenguajes que ya nadie habla, que ya solo le pertenecen a él.

Echo de menos cantar con mi jauría. Echo de menos a Madre. Vuelvo a sentir ese vacío dentro del pecho, ese familiar pellizco apretándome la boca del estómago.

Camino cuesta abajo y giro una esquina. Luces de neón me sorprenden con su brillo frío, iluminando palabras de lujuria que intentan embaucarme, desgastadas fotografías pretendidamente eróticas que solo me causan tristeza. La gente camina de forma furtiva, como si ellos también estuviesen huyendo. Uno está a punto de darme un codazo al pasar a mi lado sin verme. Doy un pequeño salto para evitarlo y, sin proponérmelo, llamo la atención de alguien que me grita desde la puerta de uno de los locales. Es un tipejo de abultada barriga y frondosas patillas que quizás quieran compensar el escaso pelo que queda en la cúpula de su cráneo.

—¡Eh, tú! —me grita fijando en mí unos ojos vidriosos que me hacen dudar de si me está viendo realmente—. ¿Quieres pasar un buen rato? ¿Te

apetece olvidarte de todos tus problemas?

—No sería mala idea —le contesto sin detenerme, aunque no sé si llego a pronunciar las palabras.

Descubro un pequeño oasis de oscuridad en medio del brillo de los neones, una esquina en la que hay un viejo banco de madera y metal. Conforme me acerco me voy dando cuenta de que esa confusa forma que descansa sobre él es un vagabundo que dormita apoyado en uno de los reposabrazos. Me siento en el extremo opuesto del banco para no perturbar su sueño y rebusco en mi mochila hasta encontrar el walkman y los auriculares. Me meto las pequeñas piezas de plástico en las orejas sintiendo esa habitual incomodidad que desaparece en un instante. Aferro con fuerza el walkman y lo golpeo con la palma de la mano varias veces intentando exprimir como sea la energía de sus viejas pilas. Pulso uno de sus botones y comienza a sonar una versión especialmente lenta y deformada de una canción que he escuchado cientos de veces. No me importa: solo quería recordar la melodía. Cuando comienza a cantar, la dulce voz de Talulah suena ronca y grave, pero tan solo necesito escuchar sus palabras. El resto del mundo ya no existe para mí. Solo nosotras dos: yo acurrucada en la oscuridad y mi dulce Talulah susurrándome al oído. Aunque nunca he visto su rostro, no me cuesta imaginar sus labios moviéndose lenta y sensualmente cerca de mi piel, su lengua deslizándose detrás de sus dientes para formar alguna sílaba que arrastrará a lo largo de toda una frenética sucesión de notas de piano. Con un chasquido de protesta la cinta termina por detenerse dentro del walkman, así que lo apago. He oído lo suficiente para mantener viva la canción dentro de mi cabeza. La he escuchado tantas veces que ya forma parte de mí, de mis pensamientos y de mis sueños.

Talulah. Cuesta creer que ella sea el motivo por el que ahora soy una fugitiva.

No me doy cuenta de que tengo los ojos cerrados hasta que siento una mano sobre mi hombro y los abro. Hay un hombre a mi lado, inclinado sobre el respaldo del banco, mirándome con una sonrisa que divide en dos su rostro mal afeitado.

—Buenas noches —me dice ladeando un poco la cabeza a medida que cada sílaba va surgiendo de entre sus finos labios.

Es como si estuviera haciendo una reverencia, como si me mostrara su respeto. ¿Es sarcasmo eso que he creído ver en su sonrisa torcida? ¿Acaso estoy ante un nuevo merecedor de mi odio? Me saco los auriculares de las

orejas, aunque a esta distancia puedo oírle sin problemas. Su largo pelo grasiento cubre la mitad de su cara, angulosa y de gran nariz. No, no es un vagabundo. Su chaqueta de cuero está en buen estado, parece demasiado cara, le sienta demasiado bien.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

Cree que soy una vagabunda. No puedo culparlo. En realidad, no va descaminado, aunque el hambre que estoy sintiendo es algo muy distinto a esa simple sensación fisiológica humana a la que él se refiere. De todas formas, asiento con la cabeza. Hace mucho tiempo que no me alimento de ninguna forma, ni de la correcta ni de la incorrecta.

—Mira, esto te va a parecer bastante raro, así que voy a ir al grano —me dice haciendo un gesto con la cabeza para señalar hacia su espalda—. Estaba ahí detrás, en la entrada de mi local, tomando un poco el aire, y no he podido evitar verte. Y, ¿qué quieres que te diga: eres demasiado joven para vivir en la calle. Y demasiado guapa. Quizás tenga una proposición que hacerte.

Claro que sí, por supuesto. Debí habérmelo imaginado. No es la primera vez que recibo proposiciones de ese tipo. Intento levantarme para alejarme de este maldito cerdo. Él me detiene volviendo a agarrar mi hombro. De un tirón, me quito su mano de nudosos y largos dedos de encima y consigo poner un par de metros entre ambos.

—¡Eh, espera! —me pide levantando las manos en señal de tregua—. No me malinterpretes, no soy un proxeneta. Solo quiero invitarte a comer algo, ¿vale? Y también te estoy ofreciendo un trabajo como bailarina, si te interesa.

Hay algo en su rostro que me desconcierta. Ahora me doy cuenta de por qué su boca se tuerce de esa forma cuando sonrío: la mitad de su cara está surcada por una cicatriz blanquecina que intenta cubrir sin éxito con sus grasientos cabellos. En la forma en que me mira no detecto desprecio, ni siquiera deseo. Casi parece sincero. De repente, parece darse por vencido. Suspira, mira hacia un lado sin decir nada y se lleva las manos a las caderas en un gesto poco masculino de fastidio.

—No, si me lo tengo merecido por hacer estas estupideces —resopla sin mirarme—. Está el mundo como para fiarse, sobre todo esta calle. Estoy como una puñetera chota. Un día de estos voy a tener que hacérmelo mirar.

Se vuelve hacia mí. Parece sorprendido de que todavía siga aquí.

—¿Qué me dices? ¿Te interesa?

Lo cierto es que ya no sé qué contestarle. Él señala con el pulgar por encima de su hombro, hacia un local de aspecto antiguo que al menos se ha librado de esa plaga de vulgar neón que afecta al resto de los antros.

—Mira, sé que cuesta hacerse a la idea —repone acercándose un poco, rodeando el banco que nos separaba y sobre el que todavía dormita hecho un bulto informe el vagabundo—, pero no es tan malo. Al menos no tanto como estar en la calle. Seré un blandengue, pero me duele ver a gente tan joven en tu situación. ¿Cuántos años tienes? ¿Diecinueve, veinte? Mira, si quieres entra un rato, comes algo y echas un vistazo. Si te interesa, vuelves mañana y empezamos. Si no, al menos habrás tomado algo caliente.

En ese momento sale del local un tipo cubierto por una gabardina ajada que se escabulle calle abajo sin tan siquiera dirigirnos una mirada. En el breve instante en el que las puertas han estado abiertas solo he podido ver un destello de luz morada y creído oír unas rápidas notas de una melodía que me ha sugerido sensualidad, pero también delicadeza. No es la clase de música que imagino sonando en uno de los deprimentes locales de esta calle. La curiosidad termina por devorar la poca desconfianza que sobrevivía dentro de mis tripas. Sí, lo cierto es que me gustaría echar un vistazo ahí dentro. El pobre diablo está todavía frente a mí, mirándome con un gesto de interrogación que tuerce sus pobladas cejas. Lo miro de nuevo a los ojos y asiento lentamente.

—Estupendo. Por cierto, me llamo Jacques —se presenta ofreciéndome una mano.

Se la estrecho sin decir palabra, sin atreverme a tocarle más de lo necesario. Él se encoge de hombros con una sonrisa algo triste y me hace un gesto para que lo siga. Junto a la puerta hay un cartel de madera que cuelga de dos anillas metálicas, como la enseña de una taberna medieval. En él aparece estampado un beso de carmín rojo sobre la palabra «Fatale» escrita en caligrafía modernista. Jacques toca con los nudillos un breve soniquete sobre la mirilla, como una especie de clave, consiguiendo que la puerta se abra automáticamente ante nosotros.

—¿Todo bien por ahí fuera? —le pregunta el portero en cuanto cruzamos el umbral.

Este es una mole de carne envuelta en un gabán de cuero casi tan negro como su piel. Tan solo sus dientes y el blanco de sus ojos pueden distinguirse bajo la luz violácea que nos rodea.

—Estupendamente —responde Jacques—. Y ya ves la cosa tan interesante

que me he encontrado.

No me había equivocado respecto a esa melodía que había creído oír antes. Sigue sonando ahora mismo y es tan hermosa como me parecía. Un conjunto de instrumentos de cuerda se combinan casi como un mecanismo de relojería siguiendo un ritmo remarcado por graves golpes de bajo eléctrico. Atraída por la música, cruzo una leve cortina de cuentas de plástico. Lo primero que llama mi atención, al otro extremo del local, es una chica que baila dulcemente dentro de una jaula de metal similar a la de un corral de gallinas. Su baile sigue de forma sutil la sucesión de lentas notas, su completamente desnudo cuerpo se contonea ondulándose hacia un lado y hacia el otro como si fuese el de una serpiente bajo el hechizo de la flauta de un encantador. De repente la bailarina decide ignorar la melodía para concentrarse solo en el bajo, y mete los dedos en los agujeros de la tela metálica de su jaula como si quisiera arrancarla mientras agita sus caderas hacia adelante y hacia atrás de una forma tan descaradamente sensual que me corta la respiración. Tal y como llegó, su furia se desvanece y su cuerpo vuelve a contonearse con la misma suavidad de antes. Mesmerizada por la obscena belleza de lo que estoy viendo me acerco poco a poco a la jaula, manteniéndome pegada a la pared, pasando junto a mesas ocupadas por espectadores que contemplan el espectáculo refugiados en la oscuridad. Me encanta la forma en la que la luz roja ilumina la piel desnuda de esa chica, las sombras que crean sus bien torneados brazos y sus grandes pechos sobre su cuerpo. Es hermosa, muy hermosa. No puedo evitar preguntarme qué habrá bajo esa piel, cómo será el interior de su carne cuando la muerte la haya enfriado, cómo afectará la lividez a su textura. Pocas veces he tenido el placer de cortar una piel tan hermosa y suave como esa.

—¿Te gusta? —me pregunta Jacques al oído haciéndome dar un respingo.

No me he dado cuenta de que me había seguido. Debe de ser por el volumen de la música, o por lo embelesada que estaba con la bailarina.

—Anda, ven a la barra —me dice.

Esta parece ser el único lugar medianamente iluminado del local. Tras ella, frente a una hilera interminable de botellas de varios tamaños y colores, me contempla una chica vestida de negro con un escote más que generoso y ojos enterrados en círculos de maquillaje oscuro, como si intentara parecer un muerto viviente. Su aspecto, al mismo tiempo cadavérico y carnal, me resulta de lo más atractivo.

–Sírvele lo que quiera –ordena Jacques poniendo una mano sobre mi hombro–. Y algo de comer. Uno de tus bocadillos.

La camarera arquea las cejas en un gesto de incredulidad. Cometo el error de apoyar los brazos en el borde de la barra y los aparto de inmediato, asqueada por el tacto caliente del horrible forro de cuero que cubre su contorno.

–Vengo enseguida –se despide mi anfitrión–. Estás en buenas manos.

La camarera apoya sus manos en la barra y se inclina hacia adelante para echarme un vistazo más de cerca.

–Lo que nos faltaba –se queja–. Otra vagabunda.

Se da la vuelta y empieza a manipular una especie de tostadora que hay medio oculta entre cocteleras de distintos tamaños.

–Eres bonita, eso tengo que reconocerlo–me dice sin mirarme pero señalándome con una de sus uñas pintadas de rojo–. Mi jefe tiene bastante ojo para eso. Pero para otras cosas parece ciego. Por ejemplo, no parece haberse dado cuenta de la pinta de yonqui que tienes.

–No soy una yonqui –replico.

Estoy tan poco acostumbrada a hablar que las palabras me salen de forma entrecortada, como una tos.

–Eso espero –repone dignándose a girar la cabeza para mirarme–. Llevo mucho tiempo aquí y no quiero problemas.

Podría ser bonita de no ser por lo severa que es su expresión.

–Vamos –dice alguien desde el otro extremo de la barra–, no seas mala con la chica. Todavía me acuerdo cuando entré yo. También te comportaste como una auténtica cabrona.

La camarera y yo giramos la cabeza en la misma dirección. Quien ha hablado debe de ser la única persona del local, aparte de nosotras dos, que no tiene los ojos fijos en la voluptuosa belleza que está bailando en la jaula. Lo primero que me pasa por la cabeza es que la chica del final de la barra es la mujer más hermosa que he visto nunca. No estoy segura, por supuesto. Llevo tanto tiempo arrastrándome por este mundo que es imposible que recuerde a todas las que he visto. Pero, al menos, esta ha sido capaz de sorprenderme con su belleza. Me sonrío con sus labios gordezuelos y la sonrisa hace que su rostro de rasgos exóticos se vuelva irresistiblemente gracioso, como el de una niña pequeña. De un bocado acaba con el pedazo de bocadillo que estaba sosteniendo y después lame rápidamente el queso que se le ha quedado pegado a los dedos.

–¿Qué bebes? –me pregunta.

–¿Qué estás bebiendo tú?

Para mi vergüenza, tengo que admitir que debo de estar mirándola ahora mismo con una expresión de alucinada que sin duda asustaría a cualquiera. Por suerte no parece importarle. Incluso se diría que le divierte mi reacción. Me encanta cómo su pelo negro enmarca su rostro redondeado de niña, con un flequillo cortado al milímetro que la hace parecer una muñeca.

–Venga –le dice a la camarera–, ya mismo le estás sirviendo una pinta de cerveza negra y un bocadillo como el mío a mi nueva amiga.

La camarera vuelve a enarcar las cejas en un gesto de resignación. Debe de tener más expresividad en las cejas que en el resto de su cuerpo. La chica de la barra se baja de la banqueta y se me acerca. Cuando sus pies tocan el suelo me sorprendo de lo bajita que es. Incluso más que yo, que ya es decir. Apoya su espalda en la barra, a mi lado, y luego sus codos. La posición realza la curva de sus pechos, que amenazan con desbordar su corpiño de cuero negro.

–Soy Deedee –se presenta–. ¿Y tú?

Cuando le digo cómo me llamo hace una mueca que me provoca una sonrisa.

–Vaya nombre más raro –me dice–. Pero es bonito. Tienes una pinta bastante rara, así que te pega tener un nombre como ese.

No sé cómo tomarme sus palabras.

–Oh, no te preocupes –repite en cuanto ve cómo me cambia la cara–. No digo que sea algo malo. Me encanta la gente rara. No soporto a la gente normal, me da escalofríos. En cuanto te he visto he pensado: ahí va un bicho raro.

–Eres preciosa –le suelto de repente.

Me ha salido de las entrañas. Necesitaba decírselo.

–Gracias –responde cubriéndose el rostro como una geisha avergonzada –. ¿No crees que esté demasiado gordita?

La miro de arriba abajo. Su cuerpo es rotundo, pero decididamente hermoso.

–Para nada –contesto.

–Si te quedas un rato, me verás bailar –dice guiñándome un ojo.

–Me encantaría.

La camarera deja frente a mí un vaso de cerveza desbordante de espuma

y un pequeño bocadillo de pan de molde que echa humo.

—¿Y que, qué te parece todo esto? —me pregunta Deedee—. ¿Te interesa trabajar aquí?

Tomo un sorbo de cerveza y me limpio la espuma de los labios con el dorso de la mano. Miro a mi alrededor y me encojo de hombros.

—No lo sé. Estoy de paso.

—No es mal sitio —dice—. Jacques es tan sinvergüenza como todos los jefes de este negocio, pero al menos no te trata como basura. Yo bailaba en un sitio de mala muerte hasta que me rescató. El muy cabrón de mi antiguo jefe estaba haciendo maquinaciones para prostituirme, imagínate. Dentro de este negocio, es el mejor patrón que vas a encontrar. Mi consejo es que lo aceptes, aunque sea por un tiempo.

—No sé bailar —le confieso—. No lo he hecho nunca.

Ella abre los ojos en una expresión de sorpresa digna de una tira cómica.

—No me lo digas: Jacques te ha encontrado en la calle y sencillamente te ha pedido que entres —aventura—. ¿Es eso lo que ha pasado? Ese tío está como una cabra. No sé, creía que habías venido por algún anuncio o algo así. Al menos te habrá preguntado si tenías experiencia, ¿no? ¿Ni siquiera en algo parecido? ¿Has sido modelo o algo por el estilo?

Vuelvo a negar con la cabeza. Deedee me mira de arriba abajo con detenimiento.

—Eres muy guapa —me dice—. Y no creo que tengas mal cuerpo debajo de toda esa ropa. Mira, si quieres puedo enseñarte. Dile a Jacques que tienes que pensártelo unos días, ¿de acuerdo?

La música de viento llega a su fin. Las luces cambian y la sala deja de estar a oscuras para pasar a una discreta penumbra.

—Me toca salir a mí —anuncia Deedee—. Espero que te guste.

Se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla. Sus labios son increíblemente cálidos. No dejo de mirarla hasta que desaparece tras una puerta disimulada junto a la barra.

Acabo de conocerla y ya la estoy echando de menos.

Le doy un mordisco al bocadillo y al instante mi boca se inunda de queso caliente. No me había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta ahora. Necesitaba comer, aunque fuese solo pan, queso y un poco de carne de cerdo fría.

—Parece que estabas muerta de hambre, encanto —me dice una voz ronca a mi lado.

Varios hombres se han acercado a la barra aprovechando el descanso entre actuaciones. No me gusta ninguno. Todos tienen grandes posibilidades de hacerse merecedores de mi odio solo con dirigirme una mirada malintencionada. Veo trajes de chaqueta mal cortados, bigotes pretendidamente varoniles, peinados intrincados que buscan ocultar cabezas poco pobladas. La fauna típica de estos locales, al fin y al cabo. Me pregunto si alguno sería capaz de apreciar la belleza del baile que acaban de presenciar, si alguno puede ver a esa criatura que se ha contoneado ante ellos como algo más que un pedazo de carne por el que babear.

Quién me ha hablado es un tipo joven, quizás el más joven de todos ellos. Va vestido de cuero como un motorista y en su cabeza rapada de burdos rasgos tan solo destaca una cicatriz rojiza que recorre el contorno de su prominente mentón. No, definitivamente no me gusta la forma en la que me está mirando. Felicidades, bola de billar, acabas de ganarte mi odio.

—¿Quieres que te invite a algo? —me pregunta, al parecer demasiado ocupado en mirarme como un degenerado como para darse cuenta del bocadillo que tengo en la mano o de la cerveza que está junto a mí, en la barra—. Vamos, no le hago esta oferta a todo el mundo.

Ni siquiera le devuelvo la mirada. Niego con la cabeza y tomo la cerveza para darle un sorbo, esperando que así se dé cuenta de que no necesito que nadie me invite ahora mismo.

—Vamos, nena —insiste acercándose todavía más—. No sabes lo que te estás perdiendo por no hacerme caso.

—Eh, tú, deja en paz a esa chica —interviene la camarera apareciendo de repente frente a nosotros—. Ya sabes que no puedes tocar a las bailarinas.

—¿Desde cuándo las que bailan aquí tienen esta pinta de muertas de hambre? —pregunta la bola de billar dando un paso atrás como si tuviera miedo de que la camarera le arañe con sus uñas de porcelana.

—Desde que dejamos entrar a gentuza como tú —responde ella—. ¿Qué ocurre, no tienes bastante con el espectáculo? ¿Prefieres que llame al portero para que te acompañe a la salida?

No ha hecho falta llamarlo: la inmensa mole negra ha acudido en cuanto ha notado que había una discusión.

—¿Ocurre algo? —pregunta a la camarera, sus ojos oscuros fijos en este maldito impertinente de cabeza afeitada, que empieza a alejarse de mí como quien se aparta de un artefacto explosivo.

—No pasa nada —le dice bola de billar al portero—. Solo estaba

intentando ser amable.

—No es la primera vez que tenemos problemas contigo —replica el portero—. La próxima vez que mires mal alguien te pondré de patitas en la calle y te prometo que no volverás a entrar aquí en lo que te queda de vida, ¿me entiendes?

—Sí, sí. No hay problema.

Bola de billar se da la vuelta mostrándonos una panorámica de su afeitado cogote y se aleja en dirección a una mesa vacía. El portero todavía no lo ha perdido de vista.

—Si vuelve a acercarse a ti, grita —me dice antes de volver a su puesto.

No es el único encargado de mantener el orden aquí dentro. Veo cómo intercambia una mirada con un par de supuestos clientes que toman discretamente posiciones estratégicas alrededor de la mesa en la que se ha sentado bola de billar.

—¿Estás bien? —me pregunta la camarera.

—Sí, no ocurre nada —contesto—. Gracias.

Quizás no sea tan cabrona al fin y al cabo.

Las luces vuelven a atenuarse en cuanto termino con lo poco que quedaba del bocadillo. Cojo el vaso de cerveza medio vacío y me acerco a la jaula. Por algún motivo inexplicable hay una mesa libre justo frente a ella. Me siento en la única silla disponible y dejo el vaso junto a la tenue vela que ilumina la mesa. El humo de decenas de cigarrillos irrita mis ojos. La música ambiental cambia de golpe y un ritmo frenético surge de los altavoces ocultos. Focos verdes y azules iluminan la jaula justo en el instante en el que Deedee aparece en su interior, desde detrás de unas cortinas de satén negro, haciendo un gesto desafiante con sus brazos y enseñando los dientes. Los presentes le gritan y le silban. Ella golpea la jaula con una de sus botas, dejándome ver por primera vez sus alzas y revelándome que es aún más bajita de lo que creía. Da un paso atrás y sonríe mientras de los altavoces surge una voz extraña que canta acerca de la belleza de la obscenidad. Deedee mueve sus caderas dibujando la forma del infinito mientras alza los brazos y cierra los ojos. Ante los míos es como si se hubiese convertido en una diosa. Me descubre de repente sentada ante la jaula, se inclina frente a mí, mete las uñas en los agujeros de sus medias de rejilla y tira de ellas como si quisiera rasgarlas mientras se agacha. Clava su mirada en la mía, se pasa la lengua sensualmente por los labios y después me tira un beso. Ardo de deseos de atravesar esa malla metálica y

entrar en la jaula para tocarla, y, por lo que oigo a mi alrededor, no soy la única. Deedee se da la vuelta y se sujeta el trasero sin dejar de contonearse. Veo por primera vez el tatuaje de su espalda, un precioso dragón formado por las espinas de un rosal. Sus manos suben hacia la cremallera de su corpiño y la abren lentamente, revelando poco a poco el resto de su precioso tatuaje. Cuando termina de abrirla, sujeta el corpiño con los brazos para que no se separe de su piel y da una vuelta sobre sí misma lanzando besos a la audiencia. Está de espaldas a nosotros cuando al fin lo suelta, arrojándolo contra la jaula. Baila por un momento cubriéndose con impostado pudor. Se arrodilla en el suelo y saca la lengua sensualmente cuando los descubre, dos preciosos pechos con pezones oscuros atravesados por pendientes plateados. Vuelve a ponerse en pie inclinando su espalda hacia atrás, sin llegar a tocar el suelo con las manos. Creo que nunca podría aprender a hacer eso. Se da la vuelta y comienza a bajar la cremallera de su pequeña falda. Lo hace con tanta lentitud que se diría que pretende torturarnos con la anticipación. Cuando se la quita la arroja contra la jaula como si quisiera agredirnos con ella. Lleva tan solo un pequeño tanga de vinilo negro. Todavía de espaldas, recorre con los dedos la curva de su trasero. Es absolutamente preciosa. Sigue bailando tirando de su tanga como si quisiera romperlo. Está volviendo locos a todos los presentes. Veo cómo varios hombres se acercan a la jaula y meten billetes entre los huecos. Ella los agradece con un beso, los coge y se los mete dentro de los las ligas que sujetan sus medias. Vuelve a arrodillarse y a levantarse sin tocar el suelo, y en el proceso se quita el tanga. Lo deja caer hasta sus tobillos y después lo aleja de ella de una patada. Su pubis está delicadamente rasurado, apenas una delgada franja de vello negro que corona su sexo. Caer al suelo a cuatro patas y comienza a gatear hacia mí. Sí, me está mirando de nuevo, vuelve a lanzarme un beso y yo me muero de ganas de poder recibirlo sobre mi piel. Meto la mano en el bolsillo en el que guardo mi dinero y saco lo primero que encuentro. Me subo de rodillas sobre la mesa para acercarme a la jaula y meto el billete en uno de los huecos de la tela metálica. En ese momento me doy cuenta de que he cometido un error, cuando ya es demasiado tarde. Antes de que pueda reaccionar, Deedee coge el billete, rozándome los dedos al mismo tiempo. Extiende el sucio pedazo de papel moneda delante de su rostro y las dos podemos ver con más claridad las manchas de sangre seca que lo cubren. La sorpresa de Deedee solo dura un instante. Sonríe como una niña traviesa

antes de lamer las manchas. Luego se mete el billete en la liga y sigue bailando, sin dejar de mirarme, sin dejar de sonreír.

Cuando regreso a mi asiento hay alguien sentado a mi lado. Es Jacques, que vuelve a apoyar una mano sobre hombro.

–Parece que te gusta todo esto –me dice, sonriendo.

Dentro de la jaula, Deedee hace una reverencia y recoge sus ropas antes de desaparecer detrás de la cortina. Las luces vuelven a subir al mismo tiempo que muere la música.

–¿Qué me dices? –me pregunta Jacques.

Estoy nerviosa. No sé qué pensar de Deedee. No sé qué pensar de este sitio.

–Tengo que pensármelo –respondo–. Dame una semana para decidirme.

–Vaya, así que sabes hablar y todo –bromea lanzado una carcajada–. Como quieras, encanto.

–Tengo que marcharme.

Me acabo la cerveza de un solo trago y me pongo en pie.

–Eh, espera –me dice Jacques, intentando agarrarme de nuevo.

No le hago caso y casi echo a correr hacia la salida.

–Espera, maldita sea –insiste a mi espalda.

La enorme mole oscura del portero se cruza en mi camino justo cuando cruzo la cortina de cuentas. Tan solo me hace un gesto, manteniendo una mano frente a mí, indicándome sin palabras que no va a tocarme, pero que tampoco va dejarme escapar.

–No tienes nada que temer –asegura Jacques en cuanto me alcanza–. ¿Tienes donde pasar la noche?

No me queda más remedio que darme la vuelta. Pese a lo que me ha dicho Deedee, ahora mismo no tiene mucho aspecto de sinvergüenza. Parece realmente preocupado por mí. Quizás pretenda compensar de esta forma el ganarse la vida explotando el cuerpo de chicas demasiado jóvenes para darse cuenta de a lo que se están exponiendo.

–Mira, toma esto –me dice poniendo un pequeño montón de billetes en mi mano–. Ve a un hotel, date un baño, piénsate la oferta que te he hecho, ¿de acuerdo?

–Gracias –contesto sin atreverme a mirarle a los ojos.

Creo que Jacques le ha hecho un gesto al portero para que me deje salir. La puerta se abre a mi espalda y vuelvo a sentir el frío aire de la calle. Salgo

sin atreverme a mirar hacia atrás.

Me debo de estar volviendo loca. Esa chica ha visto las manchas de sangre, sí, seguro que las ha visto. ¿Se ha dado cuenta de lo que eran? Solo son manchas oscuras, solo eso. Pero, entonces, ¿por qué las ha lamido de esa forma? ¿Acaso ha sido solo un simple gesto de provocación, una forma de decirme que para ella mi dinero vale mucho más que el de todos esos tristes pervertidos que la contemplaban? Esa chica desea algo de mí. Y yo me muero de ganas de dárselo, no puedo negarlo. Pero no puedo hacerlo. No puedo volver a verla. No puedo volver a este lugar nunca más, nunca más.

Odio tener esperanza, aunque solo sea por un momento.

El vagabundo sigue tirado sobre el banco, en la misma posición en la que estaba cuando lo vi por última vez. Me pregunto si estará vivo. Me acerco un poco más, lo suficiente como para percibir el tenue calor que surge de su cuerpo. Sí, sigue vivo. Incluso puedo ver cómo la capa de ropas sucias que cubre lo que debe de ser su pecho sube y baja al ritmo de su lenta respiración. ¿Y si hubiera estado muerto? Esta no es una calle muy transitada, pero hay demasiadas farolas, pasan demasiados coches. No el tipo de calle en la que una puede ponerse a arrastrar un cadáver por la acera sin llamar la atención. Mejor hacerme a la idea de que no voy a toparme con ningún cadáver tirado por ahí. El mundo ya no funciona así, los tiempos en los que era posible encontrar muertos en cualquier callejón de esta ciudad pasaron hace mucho. Y es una verdadera lástima, porque lo necesito. Necesito un cuerpo muerto. Hace tanto que no me alimento que pronto tendré que plantearme el fabricar uno. Y ese torpe taconazo de botas de motorista contra los adoquines que acabo de oír a mi espalda, en cuanto he echado a caminar calle abajo, me indica que quizás tenga muy pronto la oportunidad de hacerlo.

El muy idiota cree que todavía no he oído sus pasos. Por la forma en la que suenan, acompañando a los míos, está claro que me está siguiendo. Paso frente a otro local, uno con una pinta bastante más deprimente que el Fatale. Hay fotografías en una vitrina junto a la puerta, imágenes de colores gastados y bordes arrugados de mujeres en poses provocativas. Giro levemente la cabeza cuando paso frente a ellas, como si hubieran llamado mi atención. Sí, he podido ver su silueta un instante, reflejada en el cristal. Está sonriendo. Debe de pensar que estoy indefensa, debe de creer que me tiene totalmente a su merced. Pero no puede hacer nada aquí, en plena

calle, bajo la luz multicolor y mortecina de los neones. No, no se atreverá a acercarse a mí mientras siga en esta calle. ¿Cuánto tiempo habrá estado esperándome, escondido junto a la puerta del local? Debe de haber salido durante la actuación de Deedee. Está claro que después de haberse tomado tantas molestias no va a dejarme escapar como si nada. Pobre imbécil. No sabe dónde se está metiendo, no sabe lo que puedo llegar a hacerle. No sabe que su aparición ha sido una respuesta a mis plegarias.

Con un poco de práctica, puedes llegar a oler los lugares propicios para fabricar un cadáver, aun incluso bajo la mezcla de hedores naturales y artificiales que cubren por completo una ciudad como esta. Inclino un poco la cabeza al pasar junto a un callejón oscuro y aspiro por la nariz. No, aquí no. Quizás en el siguiente. El idiota lleva ya un buen rato haciendo el ridículo, caminando de portal en portal como si se creyese un espía. Aspiro poco antes de llegar a la siguiente bocacalle. Sí, aquí sí, este es el camino. Giro la esquina y salgo del reino del neón para entrar en las sombras. La bombilla de la única farola que ilumina este callejón es de esas de brillo tenue que se supone que ahorran energía, y para colmo está estropeada y no deja de parpadear. El idiota pisa una lata vacía en cuando cruza la esquina tras de mí. Puedo oír cómo se le escapa una obscenidad de entre los dientes. Lo ignoro por completo. Que crea que no lo he oído, que piense que no tengo ni idea de que me está siguiendo. Al pasar debajo de la farola esta se apaga definitivamente. Es algo que me suele pasar, no sé a qué demonios se deberá. No importa, puedo oler el lugar al que me dirijo con total claridad. Lo reconozco en cuanto veo las ventanas de la fachada, clausuradas con tabloncillos hinchados por la humedad. A saber cuánto tiempo llevará abandonado este edificio. No me sorprende descubrir que dos de los tabloncillos que bloquean la entrada principal están parcialmente desclavados, lo suficiente como para poder moverlos hacia un lado y pasar entre ellos. Espero que no haya nadie dentro. No, no huelo a ningún vagabundo, tan solo algunas ratas a las que oigo corretear nerviosas al sentir mi presencia. El idiota se detiene en cuanto ve que me he parado. Sus botas han vuelto a sonar contra el asfalto de una forma tan descarada que me ha costado horrores no mirarle. Vuelvo a oír sus pasos mientras aparto los tabloncillos y me cuelo entre ellos. La mochila se me queda atascada y tengo que pegar un tirón para liberarla. Espero que no se haya roto. Estoy a punto de volver a poner los tabloncillos donde estaban, pero cambio de idea. Que piense que se lo estoy poniendo fácil. Que se confíe. Mis pasos

resuenan con suavidad sobre un suelo cubierto por polvorientos tablones. Este lugar es perfecto. Hay algunos gruesos travesaños de nudosa madera atravesando una amplia estancia, posiblemente el último vestigio de lo que hace tiempo debieron de ser tabiques que dividían todo esto en habitaciones. Entre los travesaños hay telarañas tan espesas que deben ser obra de varias generaciones. Me muevo con sigilo, todo lo rápidamente que me permiten los crujientes tablones, y me escondo detrás de una de las columnas que todavía sostienen la estructura original del edificio. Una rata chillaba indignada y se escapa corriendo tras sentir el peso de mi bota sobre su cola.

Puedo ver la silueta del idiota proyectada sobre la capa de polvo que cubre el suelo de la entrada, recortada en el estrecho hueco entre los dos tablones que hay clavados en el umbral. Sus ojos tardarán mucho más que los míos en acostumbrarse a la oscuridad. Se inclina de forma extraña para entrar, como si no quisiera abandonar en ningún momento su absurda pose de macho dominante.

—Sé que estás ahí, nena —susurra como si no estuviese seguro de sus palabras.

—Lo sé —le contesto.

Salgo de detrás de la columna y lo miro. Para él no soy más que una silueta oscura en medio de las sombras. Yo puedo ver sin problemas la zona sin pelo que hay alrededor de la cicatriz en su mentón sin afeitado. Veo cómo se pasa la mano por su cabeza rapada; parece que le gusta sentir sus incipientes cabellos arañando la piel de sus dedos. Una rata se acerca a una de sus botas de motorista e intenta darle un mordisco. Él la rechaza de una patada que hace chirriar de dolor al animal. Avanza hacia mí un par de pasos y me sonrío.

—Sabía que solo te estabas haciendo la dura en ese antro —dice—. Me estabas esperando aquí dentro, ¿verdad?

—Eres idiota —le contesto.

Llevo un buen rato deseando decírselo. Él demuestra definitivamente que lo es riéndose a carcajadas.

—No tenemos por qué quedarnos aquí —sugiere mirando a su alrededor—. Sé de sitios más apropiados en los que conocernos.

—Solo te lo voy a decir una vez —le advierto sin estar muy segura de por qué lo hago—. Márchate. Olvídate de mí. Déjame tranquila.

—No te hagas la dura ahora o me voy a tener que enfadar.

El recurso a la violencia. Lo estaba esperando. Por eso hace tiempo que tiene la mano firmemente metida en uno de los bolsillos de sus pantalones de cuero. La saca y, tras un chasquido metálico, la hoja de una navaja automática brilla reflejando la poca luz que llega a este oscuro agujero.

—Soy yo quien se va a tener que enfadar —le digo.

Él vuelve a reírse. Odio cómo lo hace. Hay desprecio en su risa, igual que en la forma en la que me mira. Da dos pasos más hacia mí, con la navaja frente a él, intentando intimidarme.

—No —replica—. Vas a ser una niña buena. Sí, vas a ser muy buena conmigo.

Está apenas a un paso de mí cuando le doy un manotazo a la mano con la que sostiene la navaja. No he querido desarmarlo, solo quitarla de en medio. Entonces recorro a mi hambre. No lo he hecho muchas veces, pero cuando sabes cómo funciona es algo que nunca se olvida. Me abalanzo sobre él y lo agarro por las solapas de su cazadora. Gruño con tanta fuerza que se asusta y empieza a gritar justo un instante antes de que cierre mis dientes alrededor su cuello. Su piel sabe a sudor y su barba mal afeitada me hace cosquillas en la lengua. No dejo de apretar con mis dientes. Me encaramo a su cuerpo, rodeando sus piernas con las mías. Aprieto el brazo con el que sostiene la navaja con tanta fuerza que mis uñas están a punto de atravesar su cazadora y clavarse en su carne. El muy idiota no saber cómo reaccionar. Le estoy haciendo perder el equilibrio, tal y como pretendía. Da un par de pasos hacia atrás, cargando con mi peso muerto. Muevo la cabeza a un lado y al otro, sin dejar de morder, cada vez con más fuerza. El idiota tiene ya la garganta demasiado destrozada como para seguir gritando. Puedo saborear el aroma de su miedo mezclado con una nueva remesa de sudor que surge de sus poros. Su espalda tropieza con uno de los travesaños diagonales que mantienen apuntaladas las columnas. Mis dientes al fin consiguen rasgar la piel. La sangre comienza a manar dentro de mi boca. Es sangre caliente, pero contengo mi repugnancia y sigo mordiendo. Gruño más aún mientras giro la cabeza frenéticamente, sintiendo cómo la carne se va rasgando bajo mis dientes. Al arrancarle un pedazo de cuello secciono venas y arterias, que estallan lanzando sangre sobre mi rostro. El idiota intenta apartarse del travesaño, pero al echarme más aún sobre él consigo desequilibrarlo de nuevo. Esta vez he logrado que tropiece y caiga hacia atrás. Su cuerpo pasa sobre el madero y cae al otro lado, y yo sobre él. Mi frente golpea el suelo, pero él se lleva la peor parte.

Escupo el pedazo de carne sangrante y sudada que tengo metido en la boca y vuelvo a morder para abrir más aún la herida. El ruido de su cabeza estrellándose contra los tablones ha sido tan fuerte que casi me ha dejado sorda. Sin parar de morder, le pongo una mano sobre la frente y lo empujo una y otra vez, para que su cabeza vuelva a golpear la polvorienta madera. Al décimo golpe siento que algo se detiene en el interior del cuerpo del idiota. Le golpeo la cabeza dos veces más antes de sacar los dientes de su carne sangrante e incorporarme.

La sangre sigue manando de su cuello y avanza sobre el suelo recorriendo las muescas de las vetas de la madera, arrastrando polvo acumulado durante años. Escupo la poca sangre que todavía tengo metida dentro de la garganta sobre la cara del idiota y me siento a su lado, esperando a que le llegue la muerte. No tiene que quedar mucho. La sangre caliente que he tenido que tragarme se desliza por mi interior hasta llegar al estómago. El espectro de la náusea me domina por un instante, pero logro contenerme antes de derramar un bocadillo medio digerido condimentado con sangre. Creo que estamos totalmente solos, que nadie ha pasado frente a este edificio en todo el tiempo que me ha costado fabricar el cadáver. De todas formas, en un barrio como este, quien nos haya podido oír sin duda habrá preferido ignorarnos y seguir con sus asuntos.

Le acerco un dedo a los agujeros de la nariz. Nada. Creo que ya he terminado de fabricarlo. Ahora me convendría llevarlo a un lugar más apropiado, más discreto. Me incorporo sobre mis pies y comienzo a examinar los tablones, dándoles golpecitos con los nudillos. Al fondo de un pasillo encuentro otra estancia igual de sucia y desnuda que la principal. Parte del entarimado parece haberse roto y alguien ha colocado otros tablones, más cortos y más delgados, para remendarlo. Me quito la mochila y la abro para buscar mis cuchillos. Elijo el más resistente y lo meto en el hueco entre los tablones viejos y los nuevos. Haciendo palanca, empujo hasta que el más delgado comienza a levantarse. Los clavos primero chirrían y después terminan saltando. Saco el tablón de su sitio y echo un vistazo a lo que hay debajo. Varias formas peludas protestan ruidosamente en la oscuridad y me miran con sus pequeños ojitos antes de alejarse. Sí, es buen sitio, hay hueco de sobra. Quito cinco tablones más y los dejo amontonados a un lado, con los clavos medio oxidados todavía atravesándolos. Tal vez algún día hubo un suelo normal en esta casa, pero

ahora solo hay un hueco atravesado por tuberías oxidadas sobre un lecho de tierra plagada de insectos.

Vuelvo a la estancia principal y agarro el cadáver por las axilas. Me cuesta un rato arrastrarlo por el pasillo hasta el hueco que acabo de abrir y dejo un rastro de sangre caliente sobre el que ya empiezan a amontonarse las hormigas. Cuando finalmente dejo el cadáver junto al agujero me detengo un momento para examinarlo. Le palpo los brazos, las piernas, el torso. Sí, ya sé cuál es la parte más prometedor. Saco todos mis cuchillos y los dejo en fila junto al cuerpo. No creo que nadie nos moleste aquí, así que puedo permitirme el lujo de tomarme el tiempo necesario para hacerlo de la forma debida. Me siento en una esquina y me quito las botas. Después me saco la cazadora, la camiseta y los pantalones. Desnuda vuelvo a acercarme al cadáver y elijo de entre mis herramientas un cuchillo corto y afilado. Lo meto debajo de la manga de la cazadora y de un tirón le hago un corte. Voy rasgando el cuero hasta llegar a su hombro. Después hago lo mismo con la camiseta que lleva debajo. Cuando la piel del brazo queda al descubierto la palpo detenidamente. Sí, no me había equivocado. La anticipación está avivando mi hambre hasta un extremo que se asemeja mucho a la tortura. Está todavía caliente, pero si el hambre te domina esas cosas no importan demasiado. Dejo el cuchillo corto y elijo uno más largo y curvado. Cuchillo de la media luna, suelo llamarlo. Lo clavo justo encima del pliegue del codo y corto hacia arriba. El metal secciona el músculo hasta llegar al hueso. Todavía sangra un poco, pero no demasiado.

Algo ha golpeado los tablones de la entrada. Mierda, se me ha olvidado cerrarlos. Me asomo al pasillo, agachada, con el cuchillo firmemente sujeto cerca de mi pecho. Hay alguien allí, asomándose al interior. Puedo oír una respiración ronca. Incluso desde aquí puedo oler su aliento de alcoholizado. Un vagabundo. Espero que no entre. Fabricar dos cadáveres en una misma noche es demasiado arriesgado. Lo escucho toser y escupir lo que debe de ser un pedazo de sus pulmones. Murmura algo que suena como una maldición y se aleja. Espero un momento y me acerco a la entrada a tiempo para verlo marchar calle abajo. Es un tipo encorvado de larga barba gris que lleva una bolsa al hombro, una especie de versión triste y destruida de Santa Claus. Desplazo los tablones para cerrar la entrada y asegurarme de que me dejen tranquila.

Vuelvo junto al cadáver e introduzco de nuevo el cuchillo en la incisión. Voy cortando con cuidado, hasta llegar al hombro. Después saco la hoja

metálica y vuelvo a clavarla en el codo, junto al primer tajo. Corto hasta llegar de nuevo al hombro y después uso el cuchillo a modo de palanca para separar el pedazo de carne del hueso y terminar de arrancarlo. La carne sanguinolenta se desliza entre mis dedos cuando la agarro, como si intentara escaparse. No soy capaz de resistirme más. Le clavo los dientes y comienzo a desmenuzarla. Todavía está demasiado caliente, pero no deja de ser sabrosa. En unos días será una auténtica delicia. Uno de mis dientes se mueve apenas un milímetro cuando tiro de la carne para arrancar un bocado. Me meto los dedos en la boca y lo busco. Es una de las muelas, que amenaza con salirse del sitio. Ha debido ser al morderle, mientras lo estaba fabricando. Hace muchísimo tiempo que no lo hacía con los dientes. Más de una vez se me ha pasado por la cabeza el afilarlos, como alguno de mis hermanos de jauría, pero ya es tarde para eso. Vuelvo a morder la carne y arranco un bocado especialmente succulento. Me lo trago de golpe, arqueando la espalda para que se deslice con facilidad por mi garganta. Un escalofrío de placer me domina, tan fuerte que la carne está a punto de resbalar de entre mis dedos. Le doy un nuevo mordisco y acabo por tragarme otro trozo. Echaba muchísimo de menos su sabor salado, la sensación fibrosa al deshacerse entre mis dientes.

He pasado ya demasiado tiempo aquí dentro. Dejo el trozo de carne encima del cadáver y saco de la mochila una toalla llena de manchas oscuras y un pedazo de plástico negro. Pongo la carne sobre el plástico y lo uso para envolverla con cuidado. Es una buena porción, lo suficiente para aguantar unos días. La meto en la mochila y después uso la toalla para limpiar concienzudamente toda la sangre que ha manchado mi piel. Es mucho más fácil limpiar la piel que la ropa, por eso es preferible estar desnudo cuando se descuartiza un cadáver. Voy a la esquina en la que he dejado mis ropas y vuelvo a vestirme. Hay algunas manchas oscuras en mi cazadora, pero no creo que nadie se fije en ellas. Guardo la toalla y mis cuchillos y cierro la mochila. Solo me queda una cosa por hacer: empujo el cadáver hasta que consigo hacerlo caer dentro del hueco que abrí antes entre los tablones. Entonces me doy cuenta de que he olvidado algo importante. Rebusco en mi mochila y saco el más pequeño de mis cuchillos, apenas un triángulo de metal algo oxidado con un mango de madera que está empezando a astillarse. Me arrodillo junto al hueco y lo uso para hacer la marca de mi jauría sobre la mejilla del cadáver. Si hay otras jaurías por esta zona sabrán así que este cuerpo ya ha sido reclamado.

No tiene mucho sentido hacerlo, pero es tradición. Después, arrastro los tablones hasta ponerlos de nuevo en su sitio. Apoyo mi peso sobre ellos para que los clavos vuelvan a entrar en los agujeros, pero no demasiado.

Examino una vez más el lugar, por si acaso. No hay nada de lo que preocuparse. Es un sitio accesible y el cadáver permanecerá oculto aunque algún mendigo lo use para dormir. No creo que a nadie le interesen las manchas de sangre que cubren el suelo. De todas formas, tampoco puedo tardar demasiado en volver: las ratas solo tardarán unos días en acabar con las partes más apetitosas.

Salgo del viejo edificio y camino hacia las luces de neón. No es mala idea eso que me dijo Jacques, lo de buscar un buen sitio para pasar la noche.

El primer lugar en el que encuentro la palabra hotel es un luminoso rojo tan sucio que casi no brilla. Me asomo al interior y no veo más que una escalera de color ocre que asciende desde un descansillo mal iluminado. Bombillas demasiado grandes afean una lámpara dorada que quizás fue bonita hace años. El silencio me hace sentir tímida de repente, sin ninguna razón. Entro con pasos lentos y silenciosos y descubro el mostrador de recepción escondido tras un recodo, al pie de las escaleras. Hay un hombre tras él, con una barba gris mal afeitada y cabello ralo, peinado de una forma que evidencia que no se ha resignado a quedarse calvo. No llamaría demasiado la atención entre la clientela habitual del Fatale. Levanta la vista del periódico arrugado que estaba leyendo y de sus labios surge un gruñido inarticulado.

–Buenas noches –saludo.

El tipo está gordo. Dudo que sea capaz de verse las puntas de los pies manteniéndose firme. Su papada es tan grande que casi no puede mover la cabeza hacia abajo.

–¿Qué es lo que quieres? –pregunta.

Por la forma en la que lo ha dicho, se diría que soy tan deseada en este negocio como una cucaracha. Por desgracia estoy cansada, y no me apetece buscar otro lugar. Cuando me acerco al mostrador descubro que lo que creía que era un suave estampado en la camisa del recepcionista no es más que manchas de orígenes diversos.

–¿Tiene alguna habitación libre para esta noche? –respondo.

El recepcionista necesita apoyar las manos en el mostrador para asomarse y mirarme de arriba abajo. Sus labios se doblan en un gesto hosco. No se fía de mí y no le importa que me dé cuenta. Temo que me va a

decir que no, aunque veo varias llaves en el casillero que cuelga de la pared.

–Pago por adelantado –dice al final.

–De acuerdo.

Me saco del bolsillo el dinero que me dio Jacques. Tengo más, pero prefiero no recurrir a él, por si cojo sin darme cuenta algún otro billete ensangrentado. Es ahora cuando me doy cuenta de que no he registrado el cuerpo que acabo de fabricar. El hambre ha cegado mi sentido común. Espero que mañana siga en el mismo sitio.

El recepcionista acerca una de sus desagradables manos de bebé y me quita unos cuantos billetes de entre los dedos.

–Una noche –me dice antes de girarse y tomar una de las llaves del casillero, aparentemente al azar.

Las deja sobre el mostrador dando un manotazo. Ahora comprendo por qué la madera tiene tantos arañazos.

–Gracias –digo antes de cogerlas.

La habitación está en el primer piso. Subo por las escaleras, tan antiguas que los peldaños están gastados por el centro. Mi puerta no parece muy resistente. El número está pintado sobre la madera oscura usando una plantilla, como las de los militares. Cuando abro, sale a recibirme un penetrante olor a humedad.

Cierro tras de mí y enciendo las luces. Es una habitación diminuta, apenas con sitio para la cama, una mesilla de noche y una silla medio coja. El suelo está enmoquetado y entre las fibras deben de estar desarrollándose varios cultivos biológicos. Me siento en la cama, que gime ruidosamente al sentir mi peso, y me quito la mochila.

Vuelvo a sentirme sola. Es lo habitual, me ocurre siempre justo antes de dormir.

Me quito la cazadora y me saco las botas de golpe, sin preocuparme de desatarme los cordones. De todas formas, están tan estropeados que se romperán en cualquier momento. El cuarto de baño es casi igual de grande que la habitación, lo cual no es decir mucho. Al menos hay una bañera. Me quito la camiseta y los pantalones y vuelvo a quedarme desnuda. Abro la llave del agua caliente y me sorprende descubrir que, tras unos instantes de agua helada, del grifo surge algo mínimamente templado. Pongo el tapón de la bañera y dejo que se vaya llenando.

La puerta del armarito del lavabo es un espejo rematado por dos bombillas de un brillo triste que hace que el reflejo de mi rostro sea más

cadavérico de lo habitual. Me contemplo en él por un momento. Deede me ha dicho que le parezco guapa. Me pregunto si lo decía de verdad o si tan solo estaba siendo amable. Mi cara es demasiado extraña para los estándares de belleza humanos. Hubo un tiempo, hace ya muchísimos años, en el que quizás pude haber pasado por humana, pero poco a poco los rasgos propios de mi estirpe híbrida se han revelado en mi fisonomía. Mis dientes son demasiado grandes y abultan debajo de mis labios de una forma que es más propia del hocico de los perros. Pero quizás lo que más llame la atención sean mis ojos, unos ojos demasiado azules, que reflejan la luz de una forma distinta a la de los iris humanos, dejando en evidencia mi naturaleza mucho más bestial, mucho más primaria. Me paso las manos por mi cuerpo sintiendo sus leves curvas. Trato de imaginarme bailando de la misma forma en la que he visto bailar a Deede. No creo ser lo bastante hermosa para hacerlo de esa forma. Lo que está claro es que no soy tan hermosa como ella. ¿Quién sentiría placer contemplando mi cuerpo? No puedo imaginarme a ninguno de esos tristes pervertidos babeando por mis curvas. A saber lo que estaría pensando el tal Jacques al ofrecerme trabajo en su local. Seguro que Deede tiene razón y le falta un tornillo. Deede. ¿Qué se cruzó por su cabeza al ver el billete ensangrentado que le ofrecí mientras bailaba en la jaula? ¿Llegó a ver las manchas, llegó a notar lo que eran? Quizás no se dio cuenta. La luz no ayudaba mucho a identificar su verdadera naturaleza. No, ni siquiera lo miró. Lo único que parecía importarle era su procedencia. Le gustó que alabara su belleza ofreciendo mi dinero como tributo. Incluso podría decirse que la excitó que lo hiciera. ¿Se habrá dado cuenta ya? ¿Se habrá horrorizado en su camerino al descubrir las manchas de sangre seca que llegó a rozar con su lengua?

Empujada por la más simple curiosidad abro el armarito que hay tras el espejo y me lo encuentro vacío salvo por una pequeña cajita de cartón llena de pequeñas cuchillas de afeitar. La abro y saco una, quitándole con cuidado la cubierta de papel. Es algo muy pequeño, pero muy útil para fabricar un cadáver. Solo necesitaría dos cortes en mis muñecas.

Sí, solo eso. Dos cortes es todo lo que necesito para abandonar de una vez esta absurda huida a ninguna parte. Pondría fin a todo por mi propia voluntad, sin que nadie me lo imponga, porque yo lo he decidido. Todavía con la cuchilla entre los dedos me siento en el borde de la bañera. Habría una cierta belleza en acabar con mi existencia de esa forma. Pondría fin a mi sufrimiento, a mi culpabilidad, a mis remordimientos, a mi dolor. Mi

muerte serviría para expiar todo el daño que he causado a mi jauría. Nadie me echaría de menos. Sería justo que ellos encontraran mi cadáver aquí, metido en la bañera, medio sumergido en una mezcla de agua caliente y de sangre, con la cuchilla entre los labios como último gesto de desafío. ¿Qué dicen las leyes de los Antiguos? ¿Es legítimo usar el cuerpo de uno de los nuestros? ¿A qué sabe la carne de nuestra especie? Si al menos pudiera morir sabiendo que iba a alimentar a los míos, que Madre iba a devorar un pedazo de mi cuerpo... La echo tanto de menos... Al menos así una parte de mí estaría con ella para siempre. Sería bastante adecuado. Incluso casi poético. Al fin y al cabo, fue ella quién me enseñó a descuartizar un cuerpo, a elegir las mejores partes. De su mano aprendí los métodos más sencillos para fabricar un cadáver cuando surge la necesidad. Ella fue quien me mostró cómo cortar las venas de un cuerpo vivo para convertirlo de forma plácida y serena en un cadáver.

Vamos, ¿por qué no?

Apoyo la cuchilla en mi muñeca. Hago amago de empujarla contra mi piel, pero no me siento capaz. No, tiene que llegarme un instante de valor. Es lo único que necesito.

Arrojo la cuchilla dentro de la bañera y salgo del cuarto de baño. Mierda, estoy llorando. Odio esto, joder. Odio sentirme así. Soy una maldita estúpida. *Eres patética, ¿te enteras?*, pienso mientras miro los ojos llorosos de una horrenda chica desnuda que me devuelve la mirada desde el interior de un sucio espejo colgado en la pared del dormitorio.

Vuelvo al baño y meto una mano en el agua para sacar la cuchilla. Está más caliente de lo que esperaba. Me sumerjo en ella durante un rato, hasta que la mugre se separa de mi piel.

Me seco con una toalla de color blanco grisáceo y apago las luces antes de tumbarme sobre la cama, sin deshacerla. Hay un televisor colgando de un soporte de la pared. En la oscuridad puedo ver su lucecita roja. Busco a tientas el mando a distancia y lo encuentro sobre la mesilla de noche. Elijo un botón al azar y una escena pornográfica se ilumina frente a mí. Dos chicas desnudas haciendo el amor con tanto hastío que casi se diría que sienten asco la una de la otra. Algo surge de repente de una esquina y comienza a revolotear, atraído por el brillo de la pantalla. Puedo verlo con claridad cuando por fin se posa sobre ella. Es una especie de escarabajo. La cubierta quitinosa que cubre sus alas está levantada y el brillo de la obscenidad catódica sobre la que tiene apoyadas sus diminutas patas se

refleja en ella de una forma sorprendentemente hermosa.

Busco con el dedo la tapadera del mando a distancia, se la quito y le doy un golpe. Noto cómo sus pilas escapan de su interior y caen sobre el colchón, a mi lado. Rebusco en mi mochila, saco el walkman, le quito las pilas gastadas y las sustituyo con las que acabo de sacar del mando. Me meto los auriculares en las orejas y pulso el encendido. Cierro los ojos y mi mundo es absorbido por la dulce voz de Talulah y la danza de sus delicados dedos sobre las teclas de su piano. Escuchándola encuentro la paz necesaria para quedarme dormida.

FUE UN VERDADERO GOLPE DE SUERTE que dos de mis hermanos encontraran aquel coche. Era una oportunidad única, algo que ya casi nunca nos ocurría. Circulaba por aquella carretera olvidada por casi todos los mortales a altas horas de la madrugada y el azar quiso que algún fallo mecánico lo empujara fuera de su carril justo en la misma curva por la que se había despeñado un camión, años antes. Nadie había reparado el quitamiedos. El coche se despeñó directamente desde el borde de un alto barranco, su caída detenida casi diez metros más abajo por una caprichosa estructura rocosa similar a los dedos de una mano. Una forma arrugada de metal, en medio de la oscuridad, atrapada tras las rocas, medio cubierta por los matorrales, junto a una carretera por la que apenas sí circulaban uno o dos vehículos al año. Si mis hermanos no hubieran oído el estruendo mientras cruzaban el bosque cumpliendo un encargo de Madre, no lo habrían encontrado nunca. Podían pasar días hasta que alguien diera con aquel vehículo. No todo estaba de nuestra parte, de todas formas. Mis hermanos tardaron demasiado en volver y cuando toda la jauría consiguió llegar al lugar del accidente tan solo faltaba menos de una hora para el amanecer. Pese a tener el vehículo y a los cadáveres que contenía a nuestra merced, íbamos a tener que darnos prisa para no exponernos a la dañina y cegadora luz solar.

Aunque estábamos solos, nos comportábamos como si el bosque estuviera lleno de ojos que pudieran descubrirnos en cualquier momento. Nuestras precauciones podrían parecer exageradas, pero nos habían mantenido a salvo durante generaciones. Nos acercamos escalando desde el pie del barranco, manteniéndonos ocultos para cualquier hipotético vehículo que decidiera pasar en aquel preciso momento por la solitaria carretera. Ascendimos deslizándonos en silencio de sombra en sombra. Nuestras ropas negras nos permitían fundirnos con la oscuridad. Madre llevaba una capucha sobre sus preciosos cabellos rubios, que habrían relucido como el oro incluso bajo la tenue luz de la luna. Nos detuvimos justo antes de iniciar el tramo final de la escalada, apenas adivinando la

forma retorcida del coche sobre nuestras cabezas. Aquel pedazo de metal olía a gasolina, a goma quemada y a sangre. Uno de los dedos de roca que habían detenido brutalmente su caída había arrugado el morro. El capó estaba doblado por la mitad, como la tapa de una lata de conservas.

Me había ocultado tras uno de los gruesos y espinosos arbustos que salpicaban aquella pared rocosa junto con Madre. Como de costumbre, ella aprovechaba cualquier oportunidad para acariciar mi pelo. Mientras esperaba la señal para iniciar nuestro ascenso, notaba la familiar sensación de sus dedos enredándose entre mis raíces, descendiendo lentamente hasta llegar a las puntas de mis cabellos.

No tardamos en comprender por qué uno de nuestros exploradores nos había pedido que esperáramos. Lo que creíamos imposible acababa de hacerse realidad. Un coche pasó por la carretera, sobre nosotros. Pudimos ver la luz de sus faros asomándose por el borde del barranco, oímos el metálico bramido de su motor y el desagradable chirrido de sus frenos, quejándose al luchar contra la inercia mientras tomaba aquella demencial curva. Tuvimos que prepararnos para lo peor. El coche podía detenerse y el accidente, ser descubierto, era posible que tuviéramos que desvanecernos en las sombras en apenas un instante.

Pasó de largo. El coche accidentado y su contenido seguían siendo nuestros.

Las gemelas no estaban muy lejos de nosotras. Se habían tumbado boca abajo junto a una roca, extendiendo todo lo posible su cuerpo para fundirse con el suelo. Siempre juntas, siempre la una un reflejo exacto de la otra, cogidas de la mano, eternamente silenciosas. No podía evitar que mi atención se desviase hacia sus formas apenas dibujadas en la penumbra. Me atraía incluso la manera en la que extendían los dedos de sus manos sobre el suelo. Algunas hebras de su cabello rojo escapaban por debajo de sus capuchas y la luz de la luna las hacía brillar como extrañas algas sanguinolentas que hubieran enraizado a kilómetros de la costa.

Los mestizos que habían encontrado el coche fueron los primeros en iniciar la ascensión. Era lo justo, era lo que indicaba la ley de los Antiguos. De ellos sería también la mejor parte de lo que encontráramos dentro. Quizás reclamasen los corazones, como era tradición, aunque fuesen tan difíciles de comer. Los vi llegar junto al amasijo de metales retorcidos y asomarse al interior a través de los huecos que habían dejado los destrozados cristales de las ventanillas. En cuanto nos hicieron la señal

convenida salimos de nuestros escondites. Éramos trece formas oscuras que se arrastraban por las sombras, encaramándose a las rocas, actuando como ladrones.

No me costó mucho trepar hasta el coche. La pendiente no era demasiado pronunciada y las rocas eran tan irregulares que pude encontrar cientos de asideros para mis pies descalzos. Madre me seguía justo a mi espalda, pisando donde yo había pisado, moviéndose en el más completo silencio. Tan solo podía sentir el calor que desprendía su piel, apenas unos pasos tras de mí.

Hasta que no llegué junto a una de las ventanillas no vi los cadáveres. Había dos, un hombre y una mujer. El del hombre tenía el volante incrustado en el pecho. Las costillas habían reventado bajo la presión. El esternón se había partido en dos y uno de los fragmentos había quedado expuesto tras atravesar la carne del pecho y el tejido blanco de su camisa. Su cara estaba paralizada en una expresión de dolor tan intensa que sus mandíbulas estaban casi desencajadas. La mujer estaba mucho más cerca de mí, justo al otro lado de la ventanilla. Estaba casi cubierta por sus largos cabellos castaños, acurrucada sobre sí misma entre pedazos de metal que podrían haberla atravesado de parte a parte.

Agarré la manija de la puerta y tiré. Nada. Estaba cerrada, encajada dentro de un marco que se había doblado sobre sí mismo. Madre agarró la manija conmigo y dos de mis hermanos aferraron la puerta por el hueco de la ventanilla, con cuidado de no tocar los pedazos de cristal que todavía colgaban del borde de goma. Empezamos a dar fuertes tirones, una y otra vez. Al cabo de varios intentos sentimos cómo el metal comenzaba a ceder. El resto de la jauría había conseguido ya abrir la otra puerta y estaban sacando el cadáver del hombre, intentando que no se rompiese en dos en el proceso. Los hermanos que nos estaban ayudando acabaron por darse por vencidos y se encaramaron al vehículo para llegar al otro lado; Madre y yo nos quedamos solas tirando de aquella manija que estaba a punto de desprenderse. No importaba, ya casi lo habíamos logrado. Dimos dos tirones más y la puerta se abrió de golpe, empujándonos hacia atrás y casi haciéndonos caer barranco abajo. Lo que sí cayó fue el cadáver de la mujer: pasó entre nosotras rodando sobre las rocas. Lo vimos caer hasta el mismo arbusto en el que habíamos estado escondidas.

—Ve a por él —me susurró Madre—. Ahora te sigo.

Con los pies por delante y mirando por encima de mi hombro descendí

hasta llegar junto al cadáver. Sus brazos habían rodeado el arbusto, como si tratase de protegerlo. Aferré su negro jersey de lana, manchado de la sangre de su compañero, y tiré de ella. Justo cuando conseguí que se diera la vuelta, surgió de su garganta un gemido ahogado.

Me quedé helada. Aquello no era un cadáver. Para ser más precisos, todavía no lo era. Al apartarla del arbusto había podido ver el pedazo de metal clavado en su abdomen. No dejaba de sangrar. No le quedaba mucho, pero aún no le había llegado la hora.

—Todavía no es un cadáver —susurré a Madre cuando llegó a mi lado—. ¿Acabo con ella?

—No —me contestó inclinándose sobre la mujer y tocándole las sienes para percibir sus latidos—. Espera a que esté lista, no falta mucho.

Madre volvió a ascender y me dejó sola junto a la mujer, que se resistía a morir. Me senté en una roca y me dispuse a esperar a que la vida terminase de escapar de aquella fuente de alimento. Por curiosidad y por aburrimiento miré hacia arriba para ver cómo le iba a los demás. Habían fracasado en su intento de mantener el cuerpo de una pieza y estaban recogiendo algunas vísceras de entre las rocas. Cuando volví a mirar a la mujer, sus ojos estaban abiertos, me estaba mirando. Uno de ellos estaba inyectado en sangre y su pupila temblaba ligeramente. Le puse los dedos sobre los párpados y se los cerré, pero ella volvió a abrirlos. Separó los labios e intentó hablar, pero de su boca solo surgió un borbotón de sangre. Tosió con tanta fuerza que los espasmos casi la levantaron del suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntó, su voz apenas un susurro ronco.

No le contesté. Volví a intentar cerrarle los ojos, pero ella se obstinó en abrirlos una vez más.

—¿Quién eres? —insistió.

Volví a girar la cabeza para mirar hacia arriba. Todavía estaban ocupados con el otro cuerpo. De todas formas, no había peligro de que la mujer gritase ni intentase escapar. Solo le quedaban unos segundos, como mucho.

—No me duele, ¿sabes? —dijo—. Casi no siento nada.

—No queda mucho —repuse casi sin proponérmelo.

Cerró los ojos, un escalofrío hizo temblar su cabeza. Creí que ya había muerto. De repente, sus labios se separaron de nuevo y comenzó a cantar, en voz muy baja, entre toses y jadeos. Tuve que inclinarme sobre sus labios para poder escucharla con claridad. Aunque no entendía las palabras, pude

percibir la melodía. Me aparté, algo asustada, pero tuve que volver a acercarme y seguir escuchando. Era una canción preciosa. Incluso sin entender su letra pude captar los sentimientos que transmitía. Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a llorar.

De repente, se detuvo.

—Sigue —le susurré.

Pero ya no podía hacerlo: no era más que un cadáver.

Madre y otros dos mestizos habían llegado a nuestro lado. Me ayudaron a levantar el cuerpo, a rodearlo con arpillera y con cuerdas para poder acarrearlo de vuelta a nuestro hogar. Habían tenido que meter los fragmentos del otro en un saco que hubo que envolver en varios lienzos para que no dejara un rastro de sangre.

Aquella canción siguió sonando dentro de mi cabeza durante todo el trayecto. Poco a poco fui construyendo una letra para ella a base de palabras inventadas que se parecían a lo que creía haber oído de labios de la moribunda. La letra no era lo importante. Lo que me tenía cautivada era aquella melodía.

Al día siguiente creí haberla olvidado, pero me descubrí de repente susurrándola, casi sin darme cuenta.